

interesaron al gobierno para que impidiese su marcha (1). Envió su dimisión fundada en el honor del ejército y del suyo, no la admitió el gobierno, que sostuvo una verdadera campaña telegráfica con el general; comprendíase lo que Salmeron luchaba entre el convencimiento de la razón que asistía al jefe militar y la presión política que ejercía la oposición de la Cámara, y sabedor Pavia de que en breve dejaría aquel el poder y podría sustituirle un ministerio en que dominase el elemento cantonal, recibiendo al mismo tiempo multitud de telegramas de las autoridades de las provincias que tenía bajo su mando, notificándole que se agitaban los cantonales y llegaban agentes federales y carlistas de Madrid, recorrian los pueblos y alentaban a la insurrección, cedió en su insistencia de dimitir y marchó a Córdoba. A contar con mas fuerzas debió haber marchado a Madrid.

Permaneció en la corte de los califas contrarestando los esfuerzos de cantonales y carlistas, que no carecían de importancia; hacia falta tener ejército, y para ello decretó el gobierno el alistamiento de las reservas, que hacia difícilmente en las provincias de Granada y de Jaen, porque los mozos pasaban la frontera del autorizado canton malagueño como si fuera otra nación; merced a medidas energicas se pudo ir realizando el alistamiento, con la esperanza los cantonales de efectuar la insurrección general en cuanto cayera Salmeron; así que, al saberse que dejaba el poder, se notó una agitación convulsiva en todos los pueblos del Mediodía, y Pavia, a pesar de la escasez de fuerzas para dominar las diez provincias de Andalucía y Extremadura, procuró sostener el orden y la disciplina del ejército.

Contrariados los cantonales con la elevación de Castelar, que había cedido mucho en su federalismo, amainaron hasta en sus amenazas; solo Ecija efectuó un movimiento socialista, produciendo algunas víctimas, pero acudió rápidamente el coronel Lopez Pinto con una pequeña columna, hizo ejemplares castigos y regresó a Córdoba. Creyó Pavia oportuna la ocasión para ir a Málaga, insistió en su dimisión, se accedió en tanto a que Solier con sus voluntarios fueran al Norte a pelear con los carlistas; el comportamiento que tuvieron en Madrid a su paso, les enajenó por completo la *opinión pública cantonal*, y convencido al fin el gobierno de que aquella gente nada garantizaba, se telegrafió a Pavia para que fuera a Málaga sin pérdida de momento. Empezó la marcha al día siguiente, y estando la vanguardia en Bobadilla, arribó el tren que conducía los voluntarios de Solier expulsados de Madrid, mandó se les desarmara y quitara las gorras coloradas que ostentaban, y que siguiera el tren para que aquellos voluntarios llegaran a Málaga, precediendo bastante tiempo a las tropas. Estas entraron en la ciudad al día siguiente sin el menor obstáculo, y cuando Pavia se disponía a desarmar los voluntarios de Málaga y del resto de la provincia, disolvió el gobierno el ejército de Andalucía, considerando cumplida su misión (2). Temióse una preponderancia que estuvo muy lejos de hacerse valer, aunque a ello impulsaba la opinión pública y el interés de la patria.

Tomaban parte en esta general conflagración apasionados alfonsinos que prepararon una insurrección en el cuartel de

(1) De los muchos telegramas que habían mediado de Pavia con los cantonales y el gobierno, presentaremos como muestra el siguiente:

«Loja 10, 10³⁰ noche.—General en jefe gobernador.—Yo no insulto a V. S., lo que he hecho es responder con energía a su telegrama estúpido y falto de respeto ó consideración al general en jefe. V. S. será diputado de la Constituyente y representante de la Asamblea. Para mí no es mas que el gobernador civil de una provincia que está bajo mis órdenes; que los grandes servicios que dice V. S. ha prestado a la república, son cuestiones de localidad entre el Sr. Carvajal y V. S. Me alegro mucho esté tranquila Málaga, y que no trate de insurreccionarse, porque no me alegraría el combate y economizo la sangre. Celebro que sea adicto al gobierno. Con respecto a que las 40 piezas de grueso calibre no asustan al ciudadano Solier y al pueblo a cuyo frente está, le contesto que el 1.º de enero los vencí a Solier y a su pueblo, y que el Sr. Solier ni cayó muerto, ni prisionero, ni herido. Basta de telegramas, que concluyendo con lo de Granada, iré a Málaga y podremos seguir la conferencia.»

(2) Nombrado Pavia capitán general de Madrid, no admitió este cargo.

la guardia civil establecido en la calle de Serrano, en Madrid, en el cual, y en la inmediata casa del Sr. Michelena, se reunían los generales Balmaseda, Martínez de Campos, Bassols, Gasset, Marchessi y otros, brigadieres, coroneles, etc., incluso el coronel de la guardia civil Sr. Iglesias, y el gobierno les envió un recado para que se retirasen a sus casas. No por esto cedieron en sus trabajos de conspiración: fué a Andalucía el brigadier Sr. Guillen y Buzaran, que llegó a Córdoba con nombre supuesto, y a Málaga cuando acababa de efectuarse la insurrección, tratando de aprovechar el desorden a favor de D. Alfonso. Envió también a Córdoba el comité alfonsino al actual general D. Manuel Salamanca para provocar un movimiento al grito de *ejército y orden*, contó con elementos carlistas, envió agentes a Granada y Almería a preparar la insurrección, obró con actividad venciendo las contrariedades que se le opusieron, y preparado todo esperaba al general Caballero de Rodas, quien en vez de acudir a Córdoba envió un recado para que se diese el grito, y que las fuerzas pronunciadas marcharan hacia Portugal, que él saldría de Badajoz. Consideró Salamanca absurdo este plan, que era lo mismo que llevar las tropas a la emigración, dejando abandonado el paso de Despeñaperros, que era lo primero que debía ocuparse; al escribirlo así a Madrid se le ordenó que él hiciera el movimiento, y convenido efectuarle, al formar las tropas de Ripoll para marchar a Sevilla, este general, mostrando mas inteligencia y astucia de la que de él esperaban los conspiradores, les prendió al acudir a la cita, pudiendo salvarse Salamanca disfrazado de carabiniere. Fracasó por completo la insurrección alfonsino-carlista, procurando cada partido aprovecharla para su causa.

CAPITULO II

Operaciones militares.—El cura Santa Cruz.—Eraul.—Correrías carlistas.—Cataluña.—Ripoll.—Berga.—Puigcerdá.—Sanahuja.—Maestrazgo.

Sospechosos al nuevo gobierno de la república los generales Gaminde y Moriones, por haber replegado las fuerzas de su mando, reconcentrándolas, abandonando así a los carlistas, ofreció Figueras a Pavia la jefatura del ejército del Norte exponiéndole la creencia probable de que Moriones no se dejase relevar, y ante este peligro, aceptó y salió aquella noche llevando el decreto del relevo de aquel general y autorización para hacer lo que tuviese por conveniente. Procedió Pavia con actividad, hizo fracasar la conspiración tramada para evitar el relevo de Moriones y encargóse del mando sin la menor dificultad. Captóse por su comportamiento las simpatías del ejército, aun de los comprometidos en la anterior conspiración, contra los que no adoptó la menor medida, anunció su nombramiento a los vascongados y navarros, diciéndoles además que la república recibía a todos como hermanos, sin convenios, pactos, ni traiciones; que sus deseos se sintetizaban en la palabras paz y fueros, ofrecía perdón y olvido, y pedía a los carlistas le abrieran los brazos para arrojarse en ellos.

Reconocían y alababan las provincias Vascongadas tan buenos deseos, comprendiendo que la república naciente no podía emplear otro lenguaje: «pero si la anima el espíritu de la propia conservación, decía el diputado general de Guipúzcoa, bien pronto se convencerá de que el partido carlista, que es el enemigo mas temible de todos, no lo atraerá nunca, y que solo con la fuerza y aplicándose la ley en toda su severidad y sin contemplaciones de género alguno, le reducirá a la impotencia, y que no sirva de obstáculo al sol que acaba de nacer.» No creía que respondiesen al llamamiento que se les hacia, y si respondían, sería con el fin de prepararse con mas elementos para otra sublevación, y recomendaba que dentro de breves días se diese fin a las contemplaciones y se les aplicase la ley con energía, prescindiendo de amnistias é indultos, que los carlistas atribuían a miedo.

No había pensado Pavia en demorar siquiera las operaciones: restableció la circulación de la vía férrea empezando la de los trenes exprés, ordinarios y de mercancías, lo cual produjo buen efecto en la opinión; ordenó que los heridos fueran

indultados y sagrados los prisioneros, y organizadas sus fuerzas salió el 20 de febrero de Vitoria para Tolosa, siguiendo Ibarreta a Andoain a vigilar el río Oria en su parte inferior. Fontela, que se hallaba en Elgoibar, se propuso impedir a Ollo tomase los montes y obligarle a dirigirse a la costa, pero al ir hacia Azcoitia se encontró en seguida dominados los altos por el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y otros. Les desalojó de aquellas posiciones la artillería que situó en la carretera, pudo así seguir a la población donde se defendían 59 carabineros, hacia tiempo, llegando Fontela cuando ya habían ocupado los carlistas algunas casas del arrabal de Santa Clara, de las que les desalojó y de los cerros inmediatos. Esta operación distrajo a Fontela de su propósito y la aprovechó Ollo marchando a Cestona.

El cuartel general y casi todas las divisiones y columnas se pusieron en movimiento para impedir que Ollo se corriera desde Cestona a Segura, ó que en cualquiera dirección que tomase lograra regresar a Navarra, a donde no podía menos de ir. Tenía que atravesar el Oria y salvar posiciones difíciles: no le arredraron, se trazó su marcha, volvió a escribir a Santa Cruz para que la protegiera, contestando lacónicamente que no podía moverse por la mucha nieve, y limitados los navarros a sus propios recursos, sin haber visto a un guipuzcoano armado, marcharon toda la noche pasando por Goyaz y Vidania, puntos que debió haber ocupado Fontela, si le hubiera llegado el aviso: pudo así el carlista empezar a salir de la crítica situación en que se hallaba, y en la madrugada siguiente cruzó el río por los puentes de Icastigieta y Legorreta, causando algunos desperfectos en las vías férrea y telegráfica. Supo aprovechar Ollo el descuido de los liberales de no ocupar los anteriores puentes; bien es verdad que la columna que pernoctó en Villafranca y Beasain estaba muy lejos de creer que los carlistas lo hacían bajo el puesto de Goyaz, estando tan próximos. Ollo se consideró apurado, pues con mas diligencia y prevision sus perseguidores, ó con mejor espionaje, lo hubiera pasado mal, llevando a su izquierda las columnas Loma y Gardyn. Apresuróse a tomar la carretera de Lecumberri, por cuyo mal camino tenían que marchar uno a uno los caballos; supo al romper la marcha que una columna enemiga ocupaba una grande altura que dominaba el camino que llevaba; le contrarió esto en términos de no saber qué partido tomar, pues sabia que otras columnas estaban a retaguardia, y por el flanco derecho no permitía el terreno proseguir; ordenó Ollo a Radica hiciera frente a la columna que amagaba por la izquierda, mientras podía continuar la marcha el resto de la columna, colocando Ollo otra en reserva protegida por la disposición del terreno; rompióse un ligero tiroteo que cesó pronto por la falta de municiones y mal armamento de la gente de Radica, que tuvo que retirarse de prisa, dejando algunos mulos y efectos abandonados.

Habia conseguido Ollo su objeto volviendo a Navarra, lo que alegró mucho a su gente: allí tenían confidencias mas rápidas y seguras, se racionaron mejor y descansaron por aquellos pueblos de Astiz y Madoz hasta que pasando la Baranca entraron en las Amescoas y sierra de Goñi, contramarchando segun los combinados movimientos de los liberales, disponiéndose para recibir a Dorregaray. Pavia corrió tras su enemigo, pero ya no tenia que habérselas solo con Ollo y algunos otros jefes, sino que considerablemente aumentados los carlistas, habían formado mas de veinte partidas (1) bien distribuidas, constanding su fuerza de unos 640 hombres, medianamente armados y municionados y Ollo reunía unos 1,200 infantes y 120 caballos, sin remontas, pero la partida destinada a recoger caballos cumplía bien su cometido. Todo tenian que proporcionárselo ellos mismos, pues ni recibían el menor recurso de Francia, ni parecía ninguno de los de la junta de la frontera; solo daban esperanzas, «y de los que no las daban nos reíamos, nos dice uno de los jefes, y mas tarde vinieron cuando cómodamente se podían alojar,

(1) Las mandaban Los Arcos, de Cárlos, Aldea, Janiz, Rosa Samaniego, Zugasti, Latosa, Alustiza, Urra, Maestro de Muniain de Salinas, Zunzarren, Miguelia, Mozo, Irañeta, Martínez y el manco Fermin, Leza, Acareta y otros.

para hacerse los prohombres. Legitimistas, asociaciones, cabildos ni conventos nos daban un céntimo. Si alguna corporación eclesiástica ó individuo del clero, ofreció alguna cantidad de los fondos de la iglesia que administraban, era cuando estaban en la creencia de que nos era poco menos que imposible ir por ella, y cuando se iba con gran sorpresa suya, antes de entregarla negaban su existencia, inventaban disculpas, y se nos amenazaba con la excomunion si se tomaba aquel dinero (que no se dejaba). Con nuestros esfuerzos, que mejor que nadie saben apreciar los enemigos, pues habia que animar al país, todavía irresoluto y celoso, animándose a medida que aumentaba la perturbación que reinaba en España, se logró la organización de la fuerza que ya teníamos cuando vino Dorregaray.»

Los mismos esfuerzos se hacían en Guipúzcoa, llevándose forzosamente a los mozos de los caseríos y de pequeños pueblos, y aun de los arrabales de poblaciones importantes y guarnecidas. Ya merodeaban, imponiéndose, el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y Felix con mas de 500 hombres; pero ningún jefe obtenía mas prosélitos que los que se procuraban por la fuerza; así que para despertar un entusiasmo que estaba muy lejos de sentirse, dirigió Dorronsoro como diputado general, una alocución a los guipuzcoanos, exponiendo con motivo de la proclamación de la república, el peligro de la religión y de la integridad de la patria, que los fueros, ya en esqueleto, serían letra muerta, la propiedad presa de las turbas y reducida a pavesas por el petróleo; condenaba la ley electoral hecha en las juntas de Motrico que restringía el derecho electoral de los guipuzcoanos en las elecciones municipales, y les llamaba a defender la bandera de Dios, fueros, patria y rey, sin repeler a nadie.

Los sucesos políticos alentaban la entrada en España de los que esperaban en la frontera el fomento de la guerra. Dorregaray entró el 17 de febrero por Dancharinea, dirigiendo una proclama al ejército para interesarle por la causa carlista; y al presentarse a Ollo y Pérula en Asiain, arengó a las fuerzas allí reunidas, diciéndoles entre otras cosas que *ahora empezaba la lucha*, cuyas palabras no fueron bien recibidas, porque la verdad era que la guerra estaba ya comenzada. Continuaron la misma táctica de marchas, sin variar el sistema de lucha que desde el principio iniciaron aquellos arrojados carlistas, que no habían de recibir seguramente grande enseñanza de las lecciones que pudiera dárseles: algunos quisieron abandonar a Dorregaray considerándose ofendidos.

Reunido el grueso de los carlistas navarros en el valle de Echauri, salió Pavia de Pamplona en medio de un deshecho temporal, se le incorporó la columna Castañon, que ocupó las formidables posiciones de la Peña de Echauri para ayudar a salvar la divisoria entre los valles del Arga y Guezalaz, y sin otra novedad que el disparo de algunos tiros de los carlistas que ocupaban la ermita de Santa Lucía, prosiguió hasta Salinas de Oro, donde quedó Pavia con la columna, corriéndose los carlistas a Abarzuza y posiciones que cubren las avenidas de las Amescoas. Prescribió Pavia diferentes movimientos para atajar los pasos de sus enemigos; pero estos supieron evadir la persecución que se les hacia dirigiéndose al valle del Aguilar, y detrás de ellos el jefe liberal que no podía mostrarse mas diligente, a pesar del terrible temporal de lluvias, que no cedia y ponía intransitables los caminos. A una legua ya de los carlistas que estaban tranquilos en el pueblo de Aguilar, a pesar de la aproximación del enemigo, por ser de noche y estar Aguilar asentado en la cima de un elevado cerro, a cuyo pie se encontraba Pavia, dando difícil acceso un estrecho camino, haciendo esto imposible, además de la oscuridad, conducir la artillería, pues con dificultad inmensa podría maniobrar la infantería, resolvió pernoctar en Azuelo, aplazando el ataque para el día siguiente, si el enemigo esperaba. No estaba este en situación de hacerlo, y salió aquella misma noche en el estado mas desastroso a pernoctar a Poblacion y en Aldea. Allí corrió Pavia, y estrechados sus enemigos y en bien apurada situación salieron hacia Labraza. Comprendiendo su perseguidor que intentarían una contramarcha rápida para atravesar el valle del Aguilar y dirigirse al de la Berrueza, distribuyó convenientemente sus tropas; pero era